

LA TRANSICIÓN

En la coyuntura social y económica que estamos viviendo en el mundo actual, impregnada de dramas individuales y colectivos tales como las guerras y la emigración masiva subyacente, el alto nivel de pobreza, la desigualdad creciente, el empleo precario, etc, se está expandiendo cada vez mas la percepción de que en el trasfondo de este caos moral y social está la ideología dominante en este momento histórico, es decir, el neoliberalismo.

¿Y esto que es? se podría preguntar cualquier ciudadano de a pie. Pues intentaremos explicarlo a la manera de otro ciudadano de a pie, de alguien no experto en temas económicos pero si sufridor de sus consecuencias. Y empezaremos por el liberalismo tradicional, nacido a finales del siglo XVIII, y que consiste en defender la libertad del individuo y una intervención mínima del estado en la vida social y económica. Nació como oposición al absolutismo, y propugna el estado de derecho y la igualdad de los ciudadanos ante la ley. Que bien suena, ¿no? Lo que ocurre es que tanta libertad y tan poco control del estado originó a lo largo del tiempo un retroceso hacia el caos, hacia la ley de la selva.

Pero la doctrina que domina el momento actual es el neoliberalismo, que mire usted que paradoja, surgió para corregir las disfunciones del sistema liberal clásico propugnando una mayor intervención del estado para ello. Y así el sistema fue evolucionando con intervenciones estatales orientadas a la mejora de las condiciones laborales, de las condiciones sanitarias, etc, mientras evitaba intervenir en el ámbito mercantil. La filosofía de base se podría resumir en una frase, o mas bien un eslogan: “tanta libertad como sea posible, tanta intervención como sea imprescindible”. Es atractivo, ¿verdad? Sin embargo, como se diría en tiempos del franquismo, tanta libertad derivó en libertinaje. Porque la llamada “mano invisible del mercado”, que supuestamente provoca la autorregulación del mismo, nos llevó a situaciones irracionales e inmorales, porque no podemos olvidar que el libre mercado se rige por impulsos instintivos hacia la supervivencia, el crecimiento y el poder. No nos cansaremos de repetir que el mercado mas libre que existe es anterior a la aparición del ser humano: es **la selva**. Ahí no hay leyes ni normas mas o menos éticas que obstaculicen la imposición de la ley biológica fundamental: **la ley del mas fuerte y mas adaptado**. Es el darwinismo puro y duro.

Pero en contraposición a este planteamiento se ha opuesto históricamente el intervencionismo del estado, Los regímenes dictatoriales de corte comunista son el paradigma de esta opción, y su descrédito el arma frecuentemente utilizada por los detractores del intervencionismo estatal. A partir de este rechazo se critica el intervencionismo del estado como una injerencia en la libertad presuntamente vigente

en los estados democráticos. Sin embargo la crisis actual vuelve a poner en evidencia que la famosa “libertad” debe ser intervenida para evitar que retrocedamos hacia la selva. Porque “de facto” la proclamada “libertad” ya ha sido intervenida por los poderes económicos, que han conseguido paulatinamente ganar influencia y poder en los gobiernos y las instituciones planetarias hasta el punto de que el credo neoliberal es su doctrina de fé, y no se admite su discusión.

Y en este punto conviene recordar que entre los “logros” de la ideología neoliberal está su obsesión por el crecimiento. Porque el crecimiento ilimitado es el dogma irrefutable del neoliberalismo, su objetivo permanente. Pero, dicho sea con todos los respetos, el crecimiento permanente es una barbaridad. Porque es una evidencia que el crecimiento incontrolado conduce a la destrucción del planeta, lo que ya sería un argumento suficiente, pero es que además nada en este mundo, incluyendo los seres humanos, puede crecer indefinidamente. Todos los seres vivos crecen hasta que paran de crecer, todo en el planeta crece hasta un límite. Nada está excluido de esta regla, por lo que hay que plantearse irremediamente una alternativa al crecimiento indefinido. Pero esto, dado su interés, lo analizaremos mas extensamente otro día. Por ahora nos debe bastar constatar que el crecimiento que promueve el pensamiento neoliberal es eminentemente materialista. Es un crecimiento de mercancías, de capitales, e ignora totalmente la dimensión ética de cualquier actividad humana. Y esto, digan lo que digan los creyentes en el dogma neoliberal, a la larga conduce a la catástrofe.

Y es que nosotros, los idealistas ingenuos, creemos que la economía y la política deben estar al servicio de las personas, y no al contrario como promueve el pensamiento dominante. Y el término “crecimiento” debería ser substituido por el término “desarrollo”, donde deberíamos considerar incluidos los derechos fundamentales como objetivo irrenunciable. Y el desarrollo no precisa del crecimiento material sino del avance ético, algo que es consustancial a la condición humana y cuya renuncia nos reduce a simples animales. Porque, no lo olvidemos, en el fondo de este pensamiento antihumano late un error de concepto, que es la confusión entre libertad y autonomía, algo que ya resaltamos en otra ocasión (*).

En definitiva, el caos moral y social a donde nos está llevando el dominio mundial de esta nefasta ideología, nos deja la sensación de **que estamos viviendo una etapa de transición hacia otro nivel de organización de la sociedad humana**, y esto siempre se produce con grandes convulsiones y mucho dolor. Esperemos que seamos capaces de reconducirnos hacia una sociedad mas ética y menos materialista. Que así sea.

Antonio París

(*) Autonomía y libertad. Revista Acosados noviembre de 2015